

El bello sexo de los hombres

Florence Ehnuel

«Contemplar a los hombres me encanta,
describirlos me fascina».

AGUILAR

Título original: *Le beau sexe des hommes*

© De la edición original en francés: 2008, Éditions du seuil
© 2009, de la traducción: Nuria Petit

© De esta edición:

2010, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 90 93

www.aguilar.es

aguilar@santillana.es

Diseño de cubierta: Hey

Imagen de cubierta: Getty Images

Primera edición: febrero de 2010

ISBN: 978-84-03-09994-4

Depósito legal: M-387-2010

Impreso en España por Anzos, S. L. (Fuenlabrada, Madrid)

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

*A mi tierno M., por su ardor.
Perdón, perdón por las lágrimas...*

Índice

Muchachos inaccesibles, hombres	
inquietantes	13
Retoque	43
Después de la vida conyugal.....	49
El bello sexo de los hombres.....	65
Visiones de lo viril.....	103

Durante mucho tiempo me pregunté por qué me gustaban los hombres ya que solamente el cuerpo femenino me parecía digno de ser considerado bello. La belleza femenina era una evidencia, era la única que percibían directamente los sentidos. No es que fuera homosexual, pero vivía mi atracción por los hombres como un enigma, casi como una aberración. Algunos hombres me atraían, sobre todo por su cara, su porte, su conversación o la deferencia con la que me trataban; pero ninguno lograba echar abajo mi prejuicio: seguía estando convencida de que el deseo por un cuerpo de mujer es el único que de verdad está justificado.

Sin embargo, a los 35 años, las circunstancias despertaron en mí un nuevo apetito por los encuentros amorosos y por la sexualidad. De repente descubrí las ganas de mirar sin complejos el cuerpo masculino. Y entonces me invadió un deslumbramiento que no se ha extinguido toda-

vía y que estoy firmemente decidida a cultivar. Un deslumbramiento que se ha convertido en felicidad.

Es fantástico saber que en mis años de madurez estaré rodeada de hombres maravillosos, de hombres deseables. ¡Contemprarlos me encanta! ¡Describirlos me fascina! Todo un festival de nuevos placeres que podré saborear.

De esta fascinación, de su carácter tardío, de su instalación progresiva y de su legitimidad quiero dar testimonio en este libro.

Muchachos inaccesibles,
hombres inquietantes

Cada tarde, siendo muy pequeña, estoy de pie y desnuda en la bañera. Mi madre me enjabona y todos los días llega el momento doloroso en el que tiene que lavarme el sexo y las nalgas con su manopla de baño un tanto áspera a pesar de la espuma. Con la voz tensa y en tono de reproche, con una expresión en la cara de mal disimulada aversión, pronuncia siempre el mismo imperativo que aún hoy siento resonar en mi pecho: «Separa», ¿Que separe qué? Jamás emplea ninguna palabra para designar el sexo, ni siquiera un término familiar o infantil. Deja flotando en el aire ese vacío enorme. Para ella ya es bastante enojoso tener que pedirme que lo separe.

Preferiría, por supuesto, no tener nada que ver con esa parte de mi cuerpo, ni con cualquier otra parte de las que lo componen. No me lo digo explícitamente, pero mi piel, mis músculos y mi esqueleto lo saben: le impongo a mi madre una pesada carga por el hecho de tener un cuer-

po, y sobre todo por tener un cuerpo sexuado. Tener que lavarle el sexo a tu hija es como para sentir asco de ser madre. Siento muchísimo imponerle ese desagradable deber. Me avergüenzo sinceramente. Soy culpable de un pecado original. Sin decir palabra, prometo hacer todo lo posible por guardar silencio sobre mi sexo y sobre mi cuerpo.

A los 5 años, sin premeditación, anulo de un plumazo ese incordio higiénico. Con un tono indiferente, altruista, una tarde en que mi madre está ocupada en la cocina le propongo bañarme y lavarme sin su ayuda. Le indico que no hace falta que se moleste. En su respuesta se trasluce un inmenso alivio: ¡qué bien, así podrá preparar más deprisa la cena! Soy una niña mayor, añade, y muy buena. Yo, lo mismo que ella, me siento extraordinariamente liberada. Como tantas veces ocurre, nos callamos la verdad de lo que estamos viviendo, no traspasamos las apariencias de lo que se considera educado. No creo que mi madre se percate de la naturaleza de su propia satisfacción; en cuanto a mí, y sin confesármelo claramente, intuyo de qué va la cosa.

Siento un gran alivio: ya no tendré que soportar directamente su asco mal disimulado. Pero

queda una marca indeleble: mi cuerpo y mi sexo no tienen derecho a ser dichos. Por lo tanto no tienen derecho a ser.

El cuerpo es algo que hay que mantener separado del decir, del ver, del existir.

En el centro del cuerpo el sexo concentra, como un núcleo duro, ese imperativo.

Allí donde podrían brotar la vida, la alegría, la identidad y la belleza deben dominar el silencio, lo prohibido, la vergüenza.

Mi sexo está en esa desagradable situación; el sexo del niño ¡ni te cuento! Su inexistencia es más densa todavía. Si mi propio sexo es un cero, el de los chicos es negativo. Mi sexo es un vacío; el del niño, un agujero negro. Una antimateria.

De niña no tengo acceso a ningún cuerpo masculino. Mi hermano tiene ocho años más que yo y siempre está físicamente fuera de mi alcance (creo que ni siquiera nos hemos tocado jamás). Por otra parte, cada vez que nos mudamos, la casa se organiza de nuevo alrededor del principio según el cual, si en el piso además del cuarto de baño hay un aseo, éste queda reservado para el único varón de la familia; pero como el porqué

nunca se explica, tardo años en comprenderlo. Un día, por casualidad, hablando de nuestro nuevo piso, la madre de otra familia me da la clave de esa distribución al decir con una sonrisita: «Claro, la ducha independiente es para el chico. Es natural». El caso es que las abluciones nunca fueron mixtas. Me resulta del todo natural que la desnudez de mi hermano me esté absolutamente vedada, como la de todos los demás miembros de mi familia, por otra parte: mi madre, mi hermana y evidentemente mi padre, que no vive con nosotros (mis padres se separaron cuando yo tenía 3 años). No creo reprimir recuerdo alguno si digo que no tengo memoria de haber visto ningún cuerpo de niño varón. En el parvulario, sin embargo, los retretes debían de ser mixtos, pero no recuerdo haber prestado atención. Es normal que no quede ninguna huella de semejante experiencia: aquello de lo que no se habla no sucede.

Un día, con una vecinita y su hermano apenas mayor que nosotras nos encerramos en el retrete de su casa para jugar tranquilos a las cartas. Pese a lo que sospecharon sin ninguna discreción y muy excitados los padres y los hermanos mayores de mis compañeros de juego, no guardo ningún recuerdo de braguitas bajadas,

y creo que la partida la jugamos completamente vestidos. No me acuerdo de haber estado desnuda con otros niños en la playa. En una palabra, me parece que hasta que llegaron los primeros retozos amorosos no existió la desnudez en mi universo, y mucho menos la desnudez masculina. Todos los cuerpos están recubiertos, embalados, no se pueden ver. Esta regla despierta un deseo que ahora me parece que debió de ser intenso, pero profundamente soterrado. Ver un cuerpo, verlo realmente. Ver un cuerpo entero: ese deseo debía de situarse a años luz de mis preocupaciones conscientes, pero presiento que estaba muy alto en mi cielo y que debía de tener el brillo, el poder y la energía de una estrella. Ya no estoy segura. Quizás sea una reconstrucción. Pero me parece adivinarlo.

En algún lugar dentro de la imagen de mi cuerpo yace el fantasma de una figura ideal, tallada a hachazos por un dios Procusto: un cuerpo sin protuberancias ni invaginaciones, un cuerpo sin ninguna aspereza exterior ni cavidad interna. Sería totalmente homogéneo, no estaría atravesado por ningún fluido, no produciría ninguna secreción ni estaría dotado de ningún orificio porque de

todas formas no los necesitaría. Esta imagen de un cuerpo de un solo bloque merodea o ha merodeado durante mucho tiempo por algún lugar de mi imaginario que no consigo situar exactamente, como un fantasma que pasea por un castillo entrando y saliendo de las habitaciones sin instalarse en ninguna.

Luego, durante mucho tiempo, el sexo masculino me pareció un añadido antiestético, blandengue, torpe y feo, sobre todo al ser doble, ya que el pene se superpone a los testículos. No se contenta con sobresalir, ¡sino que además aumenta! Y encima está mal delimitado, con esos testículos un poco confusos, barulleros. Y por si fuera poco cuelga, lo cual demuestra falta de compostura. Colgar así es feo y, peor aún, tontorrón. O bien respinga, lo que resulta curioso, o jactancioso, o brutal. De haber podido pronunciar me sobre ese órgano, seguro que me habría burlado de él, como de un gancho ridículo y deforme. Desde un punto de vista estético y desde un punto de vista moral, el sexo masculino era en sí mismo vulgar (el peor de los defectos, según el código tácito que me enseñaban). ¿Cómo podían atreverse a llevarlo? ¿Cómo podían atreverse siquiera a permitir que se adivinara debajo del

pantalón? El simple bulto que dibujaba sobre los pubis vestidos se me antojaba sencillamente indecoroso. No podía comprender cómo se permitía semejante visibilidad. Exhibicionista por esencia e indiscreto por naturaleza. Irreductiblemente obsceno.

Recuerdo que hacia los 5 años me construí un mito personal para explicar la llegada al mundo de los seres humanos. Un dios, más parecido a un panadero que a otra cosa, los había confeccionado con harina, agua y otros ingredientes, pero ya no me acuerdo exactamente de la receta. Me gustaba describírselo, durante el recreo, a las compañeras que venían a sentarse a un banco conmigo. Esta fabricación me parecía apasionante, sobre todo porque mis amigas me escuchaban primero con los ojos como platos y luego convencidas. Esta historia original me venía de perlas porque los hombrecitos así constituidos eran todos de una pieza y tenían unos contornos muy simples.

Luego ese mito desapareció de mis preocupaciones, hasta que un día, a la edad de 8 años, mi madre me puso en las manos, sin que yo hubiese preguntado nada, sin una palabra (tal vez «¡Toma!» o «¡Aquí tienes!», pero no estoy nada segura),

y con la misma tonalidad tensa pero contenida que empleaba cuando tenía que ocuparse de mi higiene, un libro de educación sexual. Recuerdo que lo hojeé en la soledad de mi cuarto sin entender nada y sin sentir ganas de leerlo de cabo a rabo, colocándome como fuera de mí misma para no notar el pasmo en el que la obra me sumía. Sin embargo, le pedí unos días después a mi hermana, que tiene nueve años más que yo, que me lo explicara. Ella cerró la puerta con llave y les puso palabras y comentarios a las imágenes: «Mira, lo hacen así, ves, es así». En su compañía era posible la lectura (mi hermana me salvó de todas las dimensiones mórbidas del desierto afectivo y lingüístico que constituía nuestro acervo común). La sexualidad requiere la transmisión del que tiene más experiencia al que tiene menos. En este campo ningún libro puede reemplazar una palabra habitada y dirigida.

De aquellas páginas recuerdo tan sólo el dibujo de un hombre desnudo acostado sobre una mujer desnuda con las piernas paralelas. Gracias a no sé qué corte transversal, se veía el sexo del hombre introducido en la vagina de la mujer. Al enterarme del procedimiento me quedé de piedra. Cayó en mis representaciones como un pelo en

la sopa. Tomé nota, pero como de una respuesta a una pregunta que no me había formulado a mí misma, como un conocimiento que venía a sobreimprimirse sin hallar su función en un esquema capaz de recibirlo. A pesar del dibujo de la relación sexual, a pesar del recuerdo bastante preciso que guardo de él, a pesar del carácter no reversible de esa información que aquel día se grabó en mi conciencia, me parece que todo seguía siendo vago. Quizás no sabía qué hacer con aquel secreto desvelado sin que yo misma hubiese preguntado nada, o desconocía dónde colocarme ante aquella pareja superpuesta e inmóvil. El asunto quedaba en suspenso. Y principalmente la forma del sexo masculino me parecía totalmente inesperada.

El descubrimiento preciso del sexo masculino se produce, pues, dentro de este contexto de pelo en la sopa.

A los 12 años, sin embargo, tuve ocasión de sentir uno entre mis muslos. Había ido a acampar una semana en los Vosgos con tres amigos, entre ellos un chico, Joseph, de 14 años, del cual estaba enamorada y que decía que él también lo estaba de mí. Al volver de esa excursión, nos encon-

tramos solos una noche en casa de sus padres, que se habían ido de vacaciones. Pasamos aquella noche desnudos en la misma cama, acariciándonos, saboreando ambos a la vez el calor de nuestras pieles en contacto, y Joseph intentó penetrarme, pero no fue posible porque me dolía, pues seguramente no estaba abierta ni lubricada (todavía no era púber). Así es como lo recuerdo hoy, pero entonces no supe a qué grado de profundidad ni a qué resultado habíamos llegado. Había sentido un sexo duro que trataba de meterse dentro del mío, que intentaba vencer la resistencia del mío, y no sabía si había logrado o no lo que se proponía. Después de separarnos Joseph no volvió a dar señales de vida, sin duda roído por un sentimiento de culpa. Prácticamente no volvimos a vernos y, en cualquier caso, jamás volvimos a tocarnos.

Al regresar de aquella experiencia, en la extremada soledad que vino después, estuve obsesionada por el recuerdo de esa noche tan inesperada, por la nostalgia punzante de las caricias y del placer que me habían proporcionado, que me parecía inaudito e irremplazable. También me perdía en conjeturas para saber si me habían desflorado o no, y si debía concluir de aquel primer

contacto sexual que hacer el amor es delicioso en la superficie del cuerpo pero doloroso en el sexo, al menos para la chica. Una de las preguntas a la que más vueltas le daba era si ese dolor era porque no había separado las piernas. ¿La chica tiene que separar o incluso levantar las piernas cuando el chico se tumba encima de ella?

Esta pregunta me hurgaba con saña el vientre durante las horas tan numerosas que pasaba rememorando aquella noche extraordinaria. Ansiaba poder formulársela a un adulto, y también contarle a alguien la felicidad que había sentido para rememorarla y que existiera una vez más, pero no sabía a quién dirigirme (acabé confesándome con mi hermana, pero ello no me produjo el alivio que esperaba. Aquella noche pertenecía desesperadamente al pasado. Ella, de todas formas, me tranquilizó acerca del dolor y me dijo que, al contrario, era algo «muy agradable»). Busqué en las estanterías del pasillo mi respuesta a la pregunta sobre la posición de la mujer hojeando los libros sobre el amor y la sexualidad que allí se encontraban, manifiestamente poco frecuentados, coartadas del silencio total que reinaba en la casa sobre el tema. Consulté en particular el libro de educación sexual para adolescentes que mi madre

les había dado a mi hermano y a mi hermana el mismo día en que me dio a mí el tomo de la misma colección adaptado a mi edad. Pero no conseguía encontrar las informaciones sobre la forma de poner las piernas. Esta cuestión debió de haber cristalizado todas las preguntas y todas las ganas de volver a intentarlo que se arremolinaban dentro de mí desde aquella noche del descubrimiento, del descubrimiento de un mundo, el de mi cuerpo desnudo contra el de un chico, construido de un forma tan distinta, para imbricarse en el mío y despertar en mí placeres mucho más intensos que todos los que hasta entonces había conocido. Durante meses tuve la cabeza ocupada en estos pensamientos agotadores. Luego se embotaron, cubiertos por otras cuestiones más cotidianas, escolares, intelectuales.

Durante las horas que pasé en brazos de Joseph, y aunque tomamos juntos un baño por la mañana (¡Dios mío, qué libre y extraordinario me pareció!), no percibí de su sexo más que impresiones muy confusas y mal organizadas. No me quedó una idea clara de su forma erecta, me limité a notar en un punto escogido por él de mi entrepierna un cuerpo duro que trataba con insistencia de zambullirse en mi profundidad.

Lo que es seguro es que no recuerdo en absoluto haber mirado a Joseph entero, ni haberle acariciado más que a ciegas otras partes distintas de las más accesibles a mis manos, la espalda, los hombros, la nuca y el pelo. En todo caso, no miré su sexo, creo que ni se me ocurrió ni sentí deseos de hacerlo. Ya tenía bastante ocupación con que hubiera surgido en mi universo como un achuchón contra todo mi cuerpo, la piel contra la piel, las bocas que se rozan y luego dialogan con los labios y las lenguas, y el calor compartido. No guardaba ningún recuerdo visual, pero sí muchísimas sensaciones táctiles increíblemente gratificantes. Me siento llena de compasión por la joven adolescente que fui durante aquellos meses, tan desolada por no poder volver a experimentar aquellas sensaciones y aquellos placeres, tan insegura acerca de lo que verdaderamente había vivido. Le habría gustado al menos saber, comprender, nombrar y luego también, por supuesto... ¡volver a hacerlo!

Afortunadamente se presentaron después otros amantes distintos de Joseph contra mi piel, y más tarde, con un marido, incluso compartí durante más de diez años un lecho conyugal. Esto me

proporcionó placeres que todavía celebro y que siempre consideré prioritarios cuando se presentaban. Sin embargo, el territorio del cuerpo masculino, que recorría y con el que estaba permanentemente en contacto, seguía limitándose a ciertas sensaciones. Concretamente, con el hombre que consentía en darme placer no me zambullía ni en su olor, ni en su contemplación total y minuciosa. Me quedaba en la superficie; no entraba con todos mis sentidos en el mundo entero de su cuerpo. El verdadero deslumbramiento, el deslumbramiento completo aún estaba por llegar. No digo que durante todos esos años no haya obtenido mucho placer con los hombres que quisieron fijarse en mí. No digo que no haya sentido la textura de su piel o el sabor de su sexo, no es eso a lo que me refiero. Digo que no eran mundos enteros. Digo que no eran esplendores. Digo que sus cuerpos de hombres no me transportaban como inauditos regalos de la vida. Digo que mis sentidos para conocerlos eran limitados. Digo que aún no había empezado verdaderamente a maravillarme. Digo que ver a un hombre no me ponía todavía como me pone ahora. No digo que estuviese de vuelta, lo que digo es que era un poco *estrecha*, en el sentido de que no me

abría totalmente a la experiencia del cuerpo a cuerpo.

Tocaba fragmentos, formas, líneas, pero no admiraba una totalidad. Pasaba poco tiempo mirando al hombre con el que saboreaba lo masculino (lo que da la visión es la totalidad). Con su cuerpo, sin embargo, no iba más allá de una globalidad indefinida, me detenía muy poco en los detalles. Del sexo masculino propiamente dicho, prefería los alrededores, el contexto, el entorno más o menos inmediato, no me sumía larga y apasionadamente en su conocimiento, no me abandonaba a las sensaciones ni a los pensamientos que proporcionan tanto su presentación como su representación. Gozaba de él de refilón, por así decir, pero no con un embelesamiento total, como hago ahora. No conocía aún ese asombro, esa admiración que tengo hoy, aunque por supuesto me sentía unida a ese sexo en particular por el placer que me proporcionaba. Pero no veía en él la apoteosis del conjunto, la cumbre de la cadena, su punto culminante; lo consideraba un instrumento muy útil y eficaz por sus efectos, pero no un verdadero objeto de contemplación y de meditación. No le concedía una atención sostenida.

En una palabra, no experimentaba un placer infinito mirando al hombre que aceptaba mostrármese, como no lo experimentaba tampoco mirando a todos los hombres con los que me cruzaba. Dicho de otro modo, no sabía devorarlos con los ojos, darme un atracón. Quizás porque espontáneamente y por hábito social me concentraba en un único compañero a la vez y me prohibía a mí misma excitarme mirando a los transeúntes, a los hombres que pasaban por mi lado, ese flujo de los que circulan y cuya presencia puedes habitar por un instante o por unas horas. No me metía en su esfera, no saboreaba su proximidad. Me sentía más segura relacionándome con un solo y único ejemplar que me hacía las veces de pluralidad.

De adolescente, y también siendo ya una mujer joven, aunque sin confesármelo del todo, encontraba que el cuerpo masculino en su conjunto era algo opaco, sin gracia. No me gustaban todos esos pelos que normalmente lo recubren, y soñaba con los hombres lampiños que sólo se ven en las películas o los anuncios y que es poco probable encontrar en la vida real. (Que sólo te gusten los cuerpos calibrados es una forma velada de no amar

el cuerpo). El volumen y las curvas de los músculos habrían podido contrarrestar esa impresión de opacidad y de monotonía, pero no me atrevía a contemplarlos, convencida de que encontrar bellos los músculos de los hombres era algo vulgar y convencional, indigno de una intelectual como yo. Esa impresión de que el cuerpo masculino es un cuerpo ingrato la he tenido pegada a la piel o a la mente durante muchísimo tiempo y, siendo ya adulta, no lograba quitármela de encima.

Ya he dicho que estando con un amante no miraba descaradamente su sexo. Escrutar su verga me intimidaba. No me atrevía a contemplarla. En el fondo, cuando lo pienso, creo que no era el pene propiamente lo que me parecía obsceno, sino el deseo de abordarlo. Mirarlo sólo a él, con detalle y con todo el respeto que merece, aprender realmente a conocerlo, analizarlo con los ojos y los dedos, con la boca y con la lengua para sentirlo mejor después en la vagina o en el recto fue algo para lo que antes tuve que librarme de la culpabilidad de sentir el deseo de hacerlo. Si encontraba ese miembro inquietante era porque vivía mi deseo de familiarizarme con él como una amenaza: me hacía sentir ante mis propios ojos como una mirona, indiscreta, obscena, «obsesa».